



Revista de Humanidades: Tecnológico de Monterrey
Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey
blopez@itesm.mx
ISSN (Versión impresa): 1405-4167
MÉXICO

2007
Adolfo Vásquez Rocca
EL VERTIGO DE LA SOBREMERNIDAD: TURISMO ETNOGRAFICO Y
CIUDADES DEL ANONIMATO
Revista de Humanidades: Tecnológico de Monterrey, número 022
Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey
Monterrey, México
pp. 211-223

Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal

Universidad Autónoma del Estado de México

<http://redalyc.uaemex.mx>



El vértigo de la sobremodernidad: turismo etnográfico y ciudades del anonimato.

Adolfo Vásquez Rocca

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

Universidad Complutense de Madrid

La ciudad, como hecho colectivo, se manifiesta fundamentalmente en la red de espacios públicos. La interrogación por los nuevos sentidos del espacio público adquiere una dimensión antropológica y estética. Pensar en los lugares y las formas urbanas de relación –la circulación acelerada de personas– permite definir los nuevos modos de ser humano, constatar las nuevas formas de soledad y aislamiento en una urbe sobrepoblada, la incomunicación del individuo en medio de las redes y las carreteras de la información, el entrecruzamiento de producciones socioestéticas diversas que generan ciudades metafóricas y fragmentadas, donde la heterogeneidad y la dispersión de los signos identitarios patrios nos convierten a unos respecto de otros en transeúntes que apenas intercambian huidizas miradas, desfigurados, con un rostro velado, verdaderos espectros, figuras del anonimato, desposeídos de nuestra identidad por la celeridad de nuestros desplazamientos reales o virtuales.

The city as a collective entity is fundamentally manifested in its public spaces. Questioning the new sense of public spaces acquires an anthropological and esthetical dimension. Thinking about urban spaces and forms of relation –people circulating in an accelerated manner– allows a better definitions of the new types of human beings, supports the new ways of loneliness and isolation in an overpopulated city, the lack of communication while surrounded by information networks and highways, the intermingling of a variety of socio-esthetic productions from which metaphoric and fragmented cities are born, where the signs of our national identity, heterogenic and dispersed, separated us from the rest of the passers-by, who barely exchange frightened glances, disfigured, with veiled faces, actual specters, anonymous figures, without a true identity because of the speed of our movements, real or virtual.

1. Espacios públicos y figuras del anonimato

La ciudad, como hecho colectivo, se manifiesta fundamentalmente en la red de espacios públicos. La interrogación por los nuevos sentidos del espacio público adquiere una dimensión antropológica y estética. Pensar en los lugares y las formas urbanas de relación –la circulación acelerada de personas– permite definir los nuevos modos de ser humano, constatar la nuevas formas de soledad y aislamiento en una urbe sobrepoblada, la incomunicación del individuo en medio de las redes y las carreteras de la información, el entrecruzamiento de producciones socioestéticas diversas que generan ciudades metafóricas.

La ciudad y sus representaciones se crean mutuamente. Más allá de su realidad material (sus calles y edificios, plazas, tiendas, monumentos, parques), cada ciudad es también una comunidad imaginada a diario por sus habitantes, quienes al vivirla y recorrerla elaboran un “mapa mental” de sus espacios físicos y sociales donde se instalan y apropian emotiva y utópicamente. Esa ciudad imaginada se representa en discursos, filmes, postales, periódicos, himnos, mitos, chistes, dicciones y las múltiples formas que puede asumir el “habla empírica”. Por eso, el modo particular en el que artistas y escritores imaginan lo urbano ya está predeterminado por las representaciones de la ciudad en el imaginario colectivo de sus habitantes. Así, en su materialidad y su simbolismo, cada ciudad constituye un texto que se puede leer, siendo su arquitectura y su configuración espacial la gramática que lo organiza. Si cada ciudad es un texto colectivo que vehiculiza y almacena una cultura, una memoria colectiva, una narración geográfica e históricamente emplazada, cabe preguntarse por las formas de esa inscripción en el imaginario colectivo y sus procesos de sedimentación en el lenguaje, por la forma en que se gesta la identidad y se conforman los ideales y las formas del conformismo; en definitiva, cómo se magullan los sueños. Cada transformación de la ciudad, cada re-organización territorial, cada nuevo multicine o megamercado, articula nuevas formas de relacionarnos o distanciarnos en la escena urbana. Con cada edificio que desaparece o se transforma desaparece una forma ritual de vida, se silencian saberes y memorias colectivas, se apagan los ecos de los fantasmas que pululan en aquellos lugares, los que



hicieron propios y en los cuales afincaron su memoria e inscribieron su huella en el tiempo.

Todos aquellos espectadores, ansiosos de intimidades que asaltaban los museos antiguos como quien allana una vivienda burguesa, todos aquellos decepcionados por el lenguaje plano y discreto de la pintura abstracta, todos los espectadores corrientes del arte moderno se quedan sin palabras ante la patética soledad de los personajes que pululan en obras como las de Edward Hopper. Aunque tal vez Hopper mismo no lo supiese, lo que pintaba era un mundo sin salida, donde sus habitantes estaban atrapados. Todos sus cuadros parecen encerrarse en una impotencia tranquila, resignada, que fluye desde el rostro de las figuras solitarias o se disemina por las escenas urbanas, de gasolineras abandonadas. De los perfiles velados por la melancolía y el clima, de la *American Scene*, fría e impersonal, como si el lienzo fuera el registro agujereado por la descarga a quemarropa de dos gangsters al amanecer¹. Nunca un espacio público apareció tan desolado. La vulnerable intimidad de los *Halcones de la noche* nunca fue más vacía, nunca el espacio público estuvo habitado por fantasmas de una identidad más declinada.

Rostros sin perfiles se difuminan en el anonimato de las aglomeraciones, conformando el espacio protosocial, premisa escénica de cualquier sociedad. El espacio público es, precisamente, aquel en el que el sujeto que se objetiva, que se hace cuerpo, que reclama y obtiene el derecho de presencia, se nihiliza y se convierte en una nada ambulante e inestable. Ese cuerpo lleva consigo todas sus propiedades, tanto las que oculta o simula, como las reales, las de su infamia como las de su honra y, con respecto a todas esas propiedades, lo que reclama es la abolición tanto de unas como de otras, puesto que el espacio en que ha irrumpido es –como se señaló– anterior y ajeno a todo esquema fijado, a todo lugar, a todo orden establecido.

Quien se ha hecho presente en el espacio público ha desertado de su sitio y transcurre por lo que por definición es una tierra de nadie, ámbito de la pura disponibilidad, de la pura potencia, tanto de la posibilidad como del riesgo, territorio huidizo –la calle, el vestíbulo de estación, la playa atestada de gente, el pasillo que conecta líneas de metro, el bar, la grada del estadio– en el más radical anonimato de

la aglomeración, donde el único rol que le corresponde es circular. Ese espacio cognitivo que es la calle obedece a pautas que van más allá -o se sitúan antes de las lógicas institucionales y de las causalidades orgánico-estructurales, trascienden o se niegan a penetrar el sistema de las clasificaciones identitarias, dado que se auto-regulan a partir de un repertorio de negociaciones y señales automáticas. Las relaciones de tránsito consisten en vínculos ocasionales entre “conocidos” o simples extraños, con frecuencia en marcos de interacción mínima, en el límite mismo de no ser relación en absoluto. Aquí se está librado a los avatares de la vida pública, entendida como la serie de interacciones casuales, espontáneas, consistentes en mezclarse durante y por causa de las actividades ordinarias. Las unidades que se forman surgen y se diluyen continuamente, siguiendo el ritmo y el flujo de la vida diaria, lo que causa una trama inmensa de interacciones efímeras que se entrelazan siguiendo reglas, a veces explícitas, pero también latentes e inconscientes. Los protagonistas de la interacción transitoria no se conocen, no saben nada el uno del otro, y es en razón de esto que aquí se gesta la posibilidad de albergarse en el anonimato, en esta especie de película protectora que hace de su auténtica identidad, de sus secretos que lo incriminan o redimen, o de igual forma, de sus verdaderas intenciones, como terrorista, turista, misionero o emigrante, un arcano para el otro.

La vida al descubierto es, así, constante posibilidad de encuentro o desencuentro, posibilidad de evasión, territorio abierto al desvío, al suceso imprevisto, a distraerse, a la posibilidad siempre cierta de extraviarse en el límite invisible de lo ilegal. En el trayecto rige una normatividad difusa, tenuemente sumergida en lo tácito y negativo de lo que no debería hacer el transeúnte a fin de conservar el anonimato² -y no despertar sospechas- y llegar así a su destino: como no desnudarse en público, no pintarrajear las murallas públicas ni hacer graffitis en monumentos arqueológicos.

2. Los “no lugares” y el turismo a gran escala

Todos, también, hemos estado solos en algún aeropuerto, en ese terminal de una red inmensa e indeterminada de flujos que se mueven y se mezclan en todas direcciones; en esa situación de tránsito tan



propio de los no-lugares, se experimentan ciertos estados de gracia posmodernos como el del viaje, cuando en lugar de estar, nos deslizamos, transcurrimos, sin afincar nuestra identidad ni tener que comprometernos más allá de dos horas. Aquí, en estos nuevos espacios de la indefinición, donde el tiempo se extiende como goma de mascar, advienen nuevas y extrañas enfermedades como las cronopatías, derivadas del abrupto cambio de husos horarios no asimilables a los ciclos biológicos. Este extraño personaje, el viajero, nunca está, ni nunca estuvo realmente en un sitio, sino que más bien se traslada, se desplaza, él mismo *es* sólo ese tránsito que efectúa y en el momento justo en que lo efectúa.

El espacio se constituye a través de interrelaciones; desde lo inmenso de lo global hasta las formas de la intimidad, es lo que nos abre a un plexo, a una esfera donde coexisten múltiples trayectorias. Estas interrelaciones hacen del hombre un ser abierto al mundo, un constructor de espacios que, a su vez, lo constituyen a él. Hombre y espacio se co-determinan en interacciones potenciales; el espacio nunca puede quedar clausurado sobre sí mismo, nunca puede agotar de modo simultáneo y completo todas las interconexiones.

Todo esto acontece –o deja de acontecer– en los así denominados “no lugares” en oposición al concepto “antropológico de lugar”, asociado por Mauss³ y toda una tradición etnológica con el de cultura localizada en el tiempo y en el espacio. Los “no lugares” son tanto las instalaciones necesarias para la circulación acelerada de personas (vías rápidas, empalmes de rutas, aeropuertos) como los medios de transportes, o también los campos de tránsito prolongado. En este momento en el que, sintomáticamente, se vuelve a hablar de patria⁴, de la tierra y de las raíces, lo que prevalece es el turismo a gran escala.

Para convertirse en turista es necesario adoptar una actitud: revisar folletos, proyectar itinerarios, tramitar documentación. Curiosamente el pasajero de los “no lugares” sólo encuentra su identidad en el control aduanero. Mientras espera, obedece al mismo código que los demás, registra los mismos mensajes, responde a las mismas apelaciones. El espacio del “no lugar” no crea ni identidad singular ni relación, sino soledad y similitud⁵. ¿Por qué? Porque los no lugares mediatizan la relación del individuo con el espacio al

crear una contractualidad solitaria, es decir, al generar lugares “fuera de lugar”, espacios imaginarios, inventados y solipsistas; los no lugares se definen por las palabras o los textos que nos proponen para que podamos establecer una relación con ellos cuando la relación con la historia se estetiza y desocializa, cuando se vuelve artificiosa, como en el caso del turismo, y en el que el *tour* y el calendario fotográfico se vuelven souvenir de los sitios y las ciudades se ven transformadas en museos y en mera alusión: la imagen suplanta al monumento, al lugar y la relación que con él pueden establecer los individuos, y deja, por tanto, de ser una forma de fijar la identidad. Más bien es una forma de suplantación o simulacro. Como el protagonista es incapaz de crear un vínculo real tanto con los espacios como con las personas, el simulacro es la única manera que se le ocurre para reencontrarse consigo mismo.

Los espacios turísticos son, a este respecto, enclaves diseñados para secuestrar cualquier experiencia real del visitante con la ciudad, regulándolos a través del control de cuatro aspectos principales de la agenda: el deseo, el consumo, el movimiento y el tiempo. El deseo y el consumo son regulados por la promoción y el marketing. El tiempo y el movimiento están estrictamente confinados (por pasillos, torniquetes de acceso, escaleras mecánicas, túneles y galerías) y monitoreados (por cámaras y guardias de seguridad). El uso del tiempo es también delimitado por la programación de espectáculos y representaciones y por características físicas como la disponibilidad o ausencia de asientos y lugares de reunión⁶. Las experiencias y productos en oferta combinan la homogeneidad y la heterogeneidad, suficientes tanto para dar un sentido de comodidad y familiaridad como para inducir también un sentido de novedad y sorpresa. Estos enclaves son, generalmente, incorporados en una textura urbana que se ha convertido en un objeto de fascinación y consumo en sí misma. Ir de *malls* constituye en sí mismo una actividad y un programa. Las grandes tiendas por departamento, megaproyectos urbanísticos, paradigmáticos de la globalización, estas verdaderas “postales de la modernización”, operan como ciudades satelitales, los nuevos shoppings a imitación de los *malls* norteamericanos. Renovaciones urbanas todas que, no sólo continuaron la filosofía de los proyectos faraónicos bajo las



dictaduras latinoamericanas -las grandes autopistas, los volúmenes deshumanizados de la arquitectura- en un paroxismo globalizador del neoliberalismo.

La contrapartida de estas postales y simulacros primermundistas es la “fractura social y urbana” que afecta el espacio físico y mental de nuestras ciudades, a partir de la creciente brecha de los ingresos de las clases altas, medias y las bajas. El neoliberalismo ha polarizado no sólo la fuerza laboral, sino que con ello, divide la ciudad en estancos más o menos fijos; esto se traduce en ciudades cada vez más compartimentadas en espacios físicos que no interactúan entre sí.

La gran ciudad ha asumido así el estatus de exótica⁷. Esto ha hecho que el turismo moderno ya no esté centrado en los monumentos históricos o los museos, sino en la escena urbana, o más precisamente, en alguna versión de la escena urbana fronteriza, no adecuada para el turismo. La “escena” artificial que los visitantes estándar consumen está compuesta por un calidoscopio de experiencias orientadas por agencias turísticas. Pero lo que el verdadero explorador -este particular tipo de turista etnógrafo⁸- busca es una especie de “turismo aventura urbano”; salir de las áreas donde deambulan habitualmente los turistas puede ser una experiencia peligrosa -y por ello excitante-, adentrarse en nuevos territorios nocturnos, en áreas “tensas” -barrios fronterizos- o simplemente zonas donde pueden vivir y trabajar personas “de verdad”, ubicadas en los márgenes urbanos, más allá de los cordones industriales: minorías étnicas, gente de color, inmigrantes, pobres. Tales áreas pueden ser atractivas precisamente porque no han sido construidas ni dispuestas para los turistas. Aquí, fuera de la habitual zona acomodada, los turistas pueden pasear en un espacio intelectual y físico interesante e impredecible. Hay algo emocionante en ese límite.

3. La ciudad como museo

La interrogación por los nuevos sentidos del espacio público, por los nuevos modelos espaciales de convivencia, tiene innegables dimensiones antropológicas, estéticas y políticas. Aludir a la “cosa pública” significa remitirse a ese ámbito de la vida en el que nos

encontramos con los otros seres humanos, un espacio abierto de concurrencia caracterizado orteguianamente como “vida en común”, “esfera pública” o de una forma más clásica como “praxis política”. Pensar en los lugares y las formas urbanas de relación –la circulación acelerada de personas- permite definir los nuevos modos de ser humano, de organizar la convivencia, los desplazamientos; constatar la nuevas formas de soledad y aislamiento en una urbe sobrepoblada. El entrecruzamiento de producciones socioestéticas diversas produce ciudades metafóricas y fragmentadas, donde la heterogeneidad y la dispersión de los signos identitarios nos convierte a unos respecto de otros en transeúntes que apenas intercambian huidizas miradas, desfigurados, con un rostro velado, verdaderos espectros, figuras del anonimato, desposeídos de nuestra identidad por la celeridad de nuestros desplazamientos reales o virtuales.

La ciudad como hecho colectivo se manifiesta, fundamentalmente, en la red de espacios públicos. La ciudad es un plexo geográfico, una organización económica, un proceso institucional, el teatro de la acción social, un símbolo estético de unidad colectiva⁹. Principales referentes de la memoria colectiva, representan el encuentro con el otro y con el lugar, y a ellos se asocia la capacidad de identificación y apropiación ciudadana, contribuyendo decisivamente a la estructuración y al reconocimiento de la ciudad. Ello explica que los espacios públicos ocupen tradicionalmente un lugar preferente en los discursos sobre la ciudad, pues, a fin de cuentas, reflexionar sobre el espacio público significa reflexionar sobre la ciudad, sobre las maneras de habitarla y las formas a través de las cuales se construye y se representa¹⁰. Sin embargo, estos discursos se han vuelto ambiguos, dominando más bien la despreocupación de los ciudadanos por la “cosa pública”, cuestión que marcha de la mano con la crisis de identidad y falta de albergue metafísico. Ambos síntomas suelen ir acompañados de notorias desorientaciones geopolíticas, desconocimientos históricos y prejuicios ideológicos.

Un mundo donde se nace en una clínica y se muere en un hospital, donde pueden tener lugar futuristas ceremonias fúnebres con el cuerpo expelido en un cohete de acero, un contenedor rumbo a realizar periplos de inmortalidad. Un mundo extraño, donde se multiplican en modalidades lujosas o inhumanas los habitáculos,



desde un foso en Guantánamo hasta un lujoso hotel-cápsula de Japón¹¹, diseñado para ejecutivos sin tiempo para volver a casa; los puntos de tránsito y las ocupaciones *full time*, las cadenas de hoteles y las habitaciones ocupadas en el Green Plaza Shinjuku, los clubes de vacaciones, los campos de refugiados, las barracas miserables destinadas a desaparecer o a degradarse progresivamente produciendo zapatillas *Nike*; un mundo donde se desarrolla una abigarrada red de transporte que son también espacios habitados¹², donde el hábitué de los megamercados, de los *malls*, de los cajeros automáticos renuevan los gestos pantomímicos del comercio autista. Un mundo así desacralizado por oficio y sin rituales, mudo e indiferente, prometido a la individualidad solitaria, a lo fugaz y efímero, al paisaje de neón, a los fundidos del inconsciente un destello turbador y una oscuridad donde hundir la cabeza. Sólo las ciudades del “futuro” podrían ofrecer la esperanza de un verdadero lugar donde el corazón no sea turbado, un lugar proféticamente anunciado, donde haya muchas moradas, más que las del Green Plaza de Tokio. Aquí se abren nuevas perspectivas ya no sólo para una antropología de la sobre-modernidad, sino para una etnología de la soledad y la esperanza escatológica.

4. Diáspora y “cronotopías de la intimidad”

Las figuras del desplazamiento –el viajero, el vagabundo, el paseante, el peregrino, el emigrante, el exiliado, el expatriado, el turista– trazan sus recorridos transitorios o permanentes en medio de geografías divergentes, de lenguas ajenas, en medio de objetos y rostros desconocidos. El viajero, el “ser en tránsito”, figura antropológica de la diferencia siempre enigmática e inquietante, cuya trayectoria en los márgenes modula los espacios simbólicos de la modernidad es alguien que debe ajustar cuentas con su propia condición desplazada, con los materiales volátiles de la identidad y hacer del “hogar” no ya un lugar físico sino “una necesidad móvil”, una tienda de campaña, un deseo cambiante pero permanente– de “otro lugar”, una característica tensión “hacia otra parte”.

Aquí, según cabe aclarar, no se trata de la figura romántica del viajero, sino de una tumultuosa y agitada masa de pasajeros recurrentes; flujos que se agolpan en las aduanas y que no dan lugar,

precisamente, al descubrimiento de la singularidad del otro, sino más bien al recelo, la resignación, la jurisprudencia o la xenofobia. Pero quizá algo de aquella investidura persiste, incluso cuando la globalización no ha dejado ya territorios “desconocidos” ni extrañezas que sorprendan demasiado a los propios emigrantes: se tiene ya una imagen, mil veces reiterada, del lugar al que se llega, una idea de la lengua, una colectividad previamente afinada, una visión de los objetos casi universal. Lo que persiste es justamente la distancia de la intimidad: lenguas, olores, sabores, ritos, estereotipos, rasgos que “caracterizan” la pertenencia a una comunidad y que suele aludirse como “intimidad cultural”. A este respecto, la generación de una iconografía, una re-creación plástica del imaginario patrio, un trabajo y una experiencia artística compleja en la que el sujeto emigrante, sujeto en crisis por razones políticas, sociales o culturales, vive un intenso trance fantasmático con el espacio, ya sea el que abandona, el que recorre, el que ansía o al que llega, poniéndose, a su vez, a prueba con los otros en los que despierta la potencialidad de tolerancia o de hostilidad. Objetivamente, el viaje migratorio no es sólo espacial, sino también –como hemos señalado– tránsito existencial. La necesidad expresiva configura una iconografía del extravío individual y social. No se trata de refugiarse sino de extraviarse, lo que hace de la representación del viaje una metáfora del olvido. En la pintura contemporánea el fenómeno migratorio adquiere así expresiones que van del imaginario del viaje como registro turístico, a la inmigración ilegal y las variadas formas de la deportación. Del turismo a gran escala en la era de los trasatlánticos al fenómeno de los balseros cubanos, de las Bellas Artes al etno-arte, multi-cultural, híbrido, o chicano ciber-punk. Híbridos y reelaboraciones de la identidad y la cultura a partir de experiencias fronterizas. Estas manifestaciones del arte contemporáneo conforman la memoria de la diáspora, modos de reapropiación psico-artísticos del territorio, de la “necesidad móvil” del “hogar” que perdura bajo la forma idealizada de un retorno al territorio que se añora. El lugar donde todo comenzó y al cual se siguen teniendo amarras, como un buque que no consigue zarpar, la que siempre será la “tierra natal”, donde el tiempo se detuvo y nos mantiene ajenos e indiferentes al devenir del mundo. Un retorno muchas veces



irreal. De allí esas casas que el emigrante, ya asentado en una patria lejana, compra en su pueblo natal –casas que nunca habitará– y que no tienen tanto que ver con el resguardo físico de una posteridad, sino con esa inscripción mítica que, desde los tiempos del héroe, señala la vuelta –narrativamente– como el cumplimiento del sentido épico del viaje. Pero, en el complejo puzzle de la migración contemporánea, también hay un “retorno” efectivo adonde nunca se estuvo antes: la tierra de los padres o abuelos, reconquistada, esta vez, quizá sin tono épico ni imaginación previa, por sus descendientes. Y aun es posible (re)crear el hogar en tierra extraña por la acumulación, justamente, de “cronotopías de la intimidad” bajo la forma de objetos atesorados que se transportan en las valijas del emigrante o que se adquieren después, en prácticas altamente ritualizadas, en los “mercados de pulgas” del propio territorio de adopción: fotografías, ropas, utensilios típicos, souvenirs, una parafernalia de cosas entre el coleccionismo y el kitsch que atiborran vitrinas o “altares” domésticos como nunca lo harían en la propia tierra, donde muchas de ellas serían desdeñadas precisamente por los mismos “efectos” de sentido. Todas prácticas estéticas de la cotidianidad que configuran, al mismo tiempo, un relato del exilio y un lugar de memoria, y cuyo intento de preservar la “identidad” adquiere, curiosamente, la forma de una “intimidad diaspórica”.

Notas

¹ Vásquez Rocca, Adolfo. (2007). Edward Hopper y el ocaso del sueño americano. *Heterogénesis: revista de artes visuales / Tidskrift för samtidskonst*, 50-51. Disponible en: <http://www.heterogenesis.se/ensayos/vasquez/vasquez2.htm>.

² Giannini, Humberto. (1999). *La reflexión cotidiana: hacia una arqueología de la experiencia* (p. 32). Santiago: Universitaria.

³ Marcel, Mauss. (1991). *Sociología y antropología*. Madrid: Editorial Tecnos.

⁴ Sloterdijk, Peter. (2007). Patria y globalización: notas sobre un recipiente hecho pedazos. *Revista Observaciones Filosóficas*, 5.

⁵ Augé, Marc. (1998). *Los “no lugares”: espacios del anonimato* (pp. 106-107). Barcelona: Gedisa.

⁶ Judd, Dennis R. (2003, agosto). El turismo urbano y la geografía de la ciudad. *EURE (Santiago)*, 29 (87), 51-62.

⁷ Sassen, S. y F. Roost. (1999). *The City: Strategic Site for the Global Entertainment Industry*. En Judd, D. R. & S. S. Fainstein (Eds.), *The Tourist City*. New Haven: Yale University.

⁸ Delgado, Manuel. (2000). Trivialidad y trascendencia: usos sociales y políticos del turismo cultural. En *Habitantes de Babel: políticas y poéticas de la diferencia* (p. 245). Barcelona: Laertes.

⁹ Mumford, Lewis. (1996). What is a city. En Richard T. Legates y Frederic Stout (Eds.), *The City Reader* (pp. 184-188). Londres: Routledge.

¹⁰ Mendola, G. (2000). *La ciudad postmoderna: magia y miedo de la metrópoli contemporánea*. Barcelona: Celeste.

¹¹ El Green Plaza Shinjuku, es el mayor hotel-cápsula de Tokio y probablemente del mundo. El precio –4.300 yenes (31 euros)– da derecho a Hiroshi a pasar la noche en una cápsula, a guardar sus pertenencias en una estrecha taquilla en la que le esperan la yukata (el tradicional albornoz japonés) y una toalla, y a hacer uso de las instalaciones colectivas del hotel, que se publicitan como propias de un establecimiento de cuatro estrellas. El recepcionista ofrece una llave-pulsera a Hiroshi, que se ajusta a la muñeca, y le dirige hacia la zona de taquillas, estrechos espacios diseñados para contener un traje y un ordenador portátil, el equipaje del hombre de negocios japonés. Junto a medio centenar más de hombres silenciosos, cambia su traje por el albornoz, la única vestimenta permitida en el interior del hotel. Con las zapatillas de celulosa en las que luce el logo del Green Plaza, Hiroshi recorre interminables pasillos repletos de cápsulas que dan la sensación de encontrarse en un cementerio. Filas de dos pisos de nichos. Un piloto verde encendido avisa de cuáles están ya alquiladas, aunque la mayoría de ellas tiene recogida la esterilla de bambú que hace de puerta y aparece vacía. Busca su cápsula, la 2136, y se introduce en el pequeño cubículo amarillo: 1 metro de alto, 1 de ancho y 1,90 de largo. Hace calor. Abre la boca del aire acondicionado, situada en el techo sobre la cabeza, a pocos centímetros de la única fuente de luz del interior. Una fresca corriente de aire inunda el pequeño nicho, acompañada de un susurro. Un blanco haz de luz revela los detalles del alojamiento, que no cuenta con ningún ángulo recto ni esquinas afiladas, que suponen un peligro en tan reducido espacio. En el lado izquierdo, la pared sólo cuenta con un espejo circular y un panel en el que se explican las rutas de escape en caso de emergencia. También se detallan algunas prohibiciones como la de fumar en el interior o la de pernoctar dos o más personas en un solo cubículo, algo incomprensible para la mentalidad occidental. El lateral derecho cuenta con un pequeño saliente a modo de repisa, y sobre él se encuentra el panel de mandos, con el que se controla desde la intensidad de la luz



hasta el canal del televisor. Tras comprobar que la pantalla empotrada en el techo funciona, se dirige con su toalla al quinto piso del hotel, donde están los baños y las saunas comunitarias.

¹² Augé, 1998, p. 84.

CONTACTO CON EL AUTOR:

adolfovrocca@gmail.com

TÍTULO:

“El vértigo de la sobremodernidad: turismo etnográfico y ciudades del anonimato.”

FECHA DE RECEPCIÓN:

4 de marzo de 2007.

FECHA DE ACEPTACIÓN:

5 de junio de 2007.

PALABRAS CLAVE:

Ciudades; espacio público; consumo; intimidad; anonimato; turismo; no-lugares; tránsito; acontecimiento.

TITLE:

“The vertigo of overmodernization: ethnographical tourism and the cities of anonymity.”

DATE OF SUBMISSION:

March 4th, 2007.

DATE OF ACCEPTANCE:

June 5th, 2007.

KEY WORDS:

Cities; public space; consume; intimacy; anonymity; tourism; no-places; transit; happening.